

PRESENTACIÓN

Como lo indica su título, la sección reúne, preparadas para su publicación, casi todos los trabajos presentados en el coloquio indicado, así como sus respectivos comentarios. Por razones ajenas a sus voluntades, lamentablemente no todos los participantes previstos pudieron venir al congreso de la AHILA. Y de los que estuvieron, no todos llegaron a esta publicación con sus textos. Agradecemos el interés que manifestaron, así como el esfuerzo de quienes hicieron el viaje, y lamentamos sinceramente las ausencias.

Habrían enriquecido un debate, cuyo curso fue nuestro principal móvil al organizar esa reunión y constituye aún una preocupación importante de nuestro trabajo. Desde hace más de treinta años, los diferentes campos de la historia de Latinoamérica colonial vienen atravesando sucesivas transformaciones, que la han convertido en un territorio complejo y fragmentado. Hablar en estas condiciones de nuevos enfoques tiene toda la apariencia de un repetido gesto retórico. Sin embargo, no es menos cierto que desde distintas tradiciones académicas y en diferentes campos de la investigación —estudio de las instituciones, las estructuras familiares, la estratificación social, el funcionamiento de la economía y la política— se están produciendo ciertas inflexiones en la serie de renovaciones, que comparten un tono común de insatisfacción. Nuestro objetivo era tratar de cruzar algo de esas experiencias. La nuestra nos había en parte orientado hacia ello. En efecto, partiendo de terrenos de investigación en apariencia bastantes distintos —funcionamiento de ciertas ramas de la administración colonial, comportamiento económico de los sectores dominantes o procesos de construcción comunitaria y relaciones entre grupos sociales— los tres organizadores hemos llegado al estudio de las relaciones interpersonales como una respuesta a las dificultades que nos planteaban las premisas originales de nuestros trabajos. Esta experiencia explica las características de la propuesta con la que se organizó el coloquio.

En la convocatoria partimos de una constatación conocida: la influencia de los estudios micro en un creciente y renovado interés de los historiadores por los grupos y la estratificación sociales. El cual se alimenta en el estudio de las trayectorias individuales y familiares, en el análisis de las redes sociales, así como en el uso de otros conceptos procedentes de la sociología y la antropología, cambiando así no pocos de los enfoques que han sido manejados hasta ahora. Este cambio de perspectiva se verifica en el mundo de los estudios hispanoamericanos y los de otras áreas.

Durante los años 60, parecía evidente que las categorías socio-étnicas y socio-profesionales —españoles, indios, mestizos, encomenderos, comerciantes, funcionarios, terratenientes, etc.— correspondían a la jerarquía y a la efectiva división social de funciones. Luego, la etnohistoria renovó el conocimiento de la sociedad indígena (estudiando, por ejemplo, la reformulación de sus estructuras en el nuevo marco colonial y los procesos de etnogénesis); mientras que la historia de la familia profundizaba de manera considerable nuestro conoci-

miento de los grupos dominantes (poniendo especial énfasis en sus estrategias de reproducción). No obstante la importancia de dichos avances, el recurso a la microhistoria ha cuestionado el uso de esas categorías, al poner de relieve su carácter relativo y la paralela dificultad de establecer fronteras pertinentes entre los grupos. Esto plantea el problema de su identificación, de su formación y de sus transformaciones, en función de la fluidez de las denominaciones y de la movilidad (tanto transversal como vertical) de los actores. En ese sentido, el análisis de las redes sociales restituye la complejidad de cualquier conjunto social, insiste sobre la dinámica que lo anima y, en base a las relaciones entre sus miembros, tiende a reconsiderar los problemas de la estratificación y de la acción social. Por esa vía, también reformulan los mecanismos de funcionamiento de la autoridad y la política.

Esas propuestas encuentran un eco especial en las sociedades de Antiguo Régimen de América ibérica. En efecto, la vigencia del modelo de estamentos, la articulación de un sistema de representación que maneja categorías étnicas pero que conoce un intenso mestizaje, la lógica de un marco jurídico que encuadra a los actores dejándoles sin embargo espacios de autonomía, la dinámica del fenómeno migratorio y la constitución de redes de inserción en los ámbitos de llegada, la coexistencia de una diversidad de formas de transacción económica, estos y otros elementos de esas sociedades coloniales ofrecen un campo de experimentación particularmente rico para el tipo de preguntas nacidas de dichos enfoques.

A partir de esas premisas, en nuestra opinión hoy se plantea la necesidad de pasar de un análisis de la historiografía existente, a la confrontación de lo que aportan las nuevas propuestas teóricas a una visión de los grupos sociales. De modo que buscáramos reunir trabajos empíricos que reivindicaran o criticaran una manera de acercarse a los fenómenos sociales, ya no en base a las categorías, sino a partir de las experiencias y de los comportamientos de los actores. Pues nos parecía oportuno debatir sobre lo que está en juego, sobre los desafíos que representa esta perspectiva para la historia de las sociedades latinoamericanas, tanto coloniales como republicanas.

El simposio se propuso entonces debatir esas diversas propuestas dentro de un espíritu de cordial y deliberadamente abierta confrontación de puntos de vista. No se trató de establecer un «balance y perspectiva de la historia social en América Latina», como tampoco se intentó presentar estudios de casos específicos, sino de congregar investigadores que representasen estas diversas opciones con trabajos realizados o en curso. Lejos de la predicción metodológica, el objetivo era confrontar las perspectivas y debatir de una manera crítica las distintas orientaciones que suponen, así como los instrumentos que manejan, los resultados logrados y las limitaciones que tienen.

Como se puede constatar, el resultado ha sido la reunión de una serie de trabajos que discuten entre sí, a pesar de la diversidad de temas, maneras de abordarlos y puntos de vista. Los textos de los comentaristas nos eximen de mayores presentaciones. Además la densa contribución introductoria de Pietschmann nos propone un rico examen de los movimientos de ida y vuelta que han construido los estudios latinoamericanistas como terreno de producción y ámbito universitario. Constituye un sugerente modelo para una necesaria reflexión sobre nuestra profesión en su conjunto, que merece sin duda retomarse en un amplio debate sobre las condiciones de nuestra producción. Nos limitaremos entonces a señalar algunos de los temas que han constituido el eje de esas discusiones.

Algunos de los temas han atravesado las distintas jornadas, que se organizaron respondiendo a uno de los posibles criterios de coherencia. Herzog y Poloni-Simard encaran el

análisis de dos categorías polares del orden colonial, respectivamente la de 'indio' y 'vecino', proponiendo respuestas divergentes sobre su validez como instrumento para la comprensión de dicho orden. La primera de ambos presenta un elegante y sumamente sólido análisis sobre la pertenencia de las personas a una comunidad política, normalmente considerada en términos jurídicos, que en la tradición hispana correspondía a la llamada «vecindad». Esta se definía en una serie de leyes que supuestamente creaban un estatuto formal, poco abierto a la negociación. En cambio Herzog muestra, convincentemente, que la adquisición y pérdida de la vecindad dependían en gran medida de criterios sociales y no jurídicos, gracias al análisis de varios casos. Estos criterios destacaban con frecuencia la inserción de la persona en la comunidad, inserción mayoritariamente entendida en términos de pertenencia a redes sociales y de participación en familias extensas. Como tal, la vecindad se convertía en una categoría con un fuerte contenido factual, en la que diferentes formas de sociabilidad eran tan importantes como las definiciones legales. En consecuencia propone re-visitar dicha categoría —al igual que otras— en una perspectiva compatible, según sus términos, con el análisis de redes sociales. Sin embargo, éstas se limitan a las redes de familiares, parientes y amigos —u expresiones equivalentes—. Con lo cual la autora deja fuera de su campo de análisis la idea según la cual las relaciones entre personas construyen los distintos segmentos de la sociedad, así como sus diferentes posiciones relativas e interdependencias en diferentes momentos de la dinámica social.

Esá es en cambio la preocupación central de Poloni-Simard, quien procura presentar una visión relacional de los grupos sociales. Su punto de partida es el esquema de la «República de los Indios» y la definición colonial del indígena, que dieron lugar a una historia de su mundo. La cual abarcaba la categoría en su conjunto y analizaba las respuestas a las formas de explotación en términos de supervivencia de las normas andinas. A continuación muestra cómo el interés por la ciudad, las migraciones y la etnogénesis llamó la atención sobre los procesos de construcción de las comunidades y de diversificación en términos de estatutos y condiciones sociales. Esto ha puesto de manifiesto tanto la capacidad de adaptación y las modificaciones de la sociedad indígena colonial, como una diferenciación interna de la misma mucho más compleja que la sola oposición entre caciques e indios del común. Por otra parte, la movilidad social se define por lo general como mestizaje, haga o no escapar al individuo de la categoría indígena. Cuando, al mismo tiempo, existen mecanismos de exclusión o de control que otorgan o refuerzan el carácter indígena de diferentes entidades colectivas. En consecuencia, su propuesta se basa en el análisis de los lazos y en una perspectiva en términos de redes sociales, que permiten determinar los espacios donde se inscribían los actores, los cuales pueden tener un carácter indígena o mestizo. Ese método le parece un buen indicio para acercarse al problema de la articulación de los distintos elementos del conjunto colonial, especialmente en el ámbito urbano. Pues dentro de la categoría colonial indígena, existe una pluralidad de condiciones indígenas, y tras la estratificación socio-económica se puede diseñar una jerarquía que atraviesa los distintos grupos socio-étnicos.

Por su parte Acosta se sitúa, en muchos aspectos, en un terreno contrario al anterior. Su ponencia es sin duda la más deliberadamente crítica con el análisis de redes sociales. Presenta sus argumentos en dos secuencias. Comienza con un cuidadoso y sumamente sugerente análisis de una red social en el ejercicio del poder, la de los hermanos Suárez de Carvajal y su entorno en la España de la primera mitad del XVI, que desempeñan un importante papel en la gestión política metropolitana y en la colonización del Perú. Contraponen

este ejemplo a ciertos conceptos o ideas acerca del funcionamiento del poder y de su relación con los grupos sociales, frecuentes en la historiografía sobre América latina colonial. Para pasar luego a un examen crítico del propio concepto de red social. Lo hace en la segunda secuencia, donde contrapone el ejemplo anterior a otros aparentemente similares, pero provenientes de contextos completamente diferentes como es Guatemala en el siglo XX. Su propósito es practicar una reducción al absurdo que le permite debatir sobre los aspectos pertinentes de las relaciones sociales que, en su opinión, deben tenerse en cuenta al tratar de conceptualizar el funcionamiento del poder y de la estratificación social en una sociedad y en un período dados. Dichos aspectos pertinentes componen una visión estructuralista de los determinantes socio-económicos de la estratificación.

El trabajo de Moutoukias comparte con el anterior su preocupación por integrar un análisis de la acción de los grupos dominantes dentro de una conceptualización de la estratificación social. Pero, al contrario del anterior, este autor expone un punto de vista opuesto sobre el análisis de redes sociales, al que recurre como un instrumento para dar cuenta de la imbricación de funciones políticas y económicas. Dicho entrelazamiento constituye, en su opinión, la característica central de las oligarquías coloniales. Ilustra sus argumentos con material extraído de la correspondencia de un gran comerciante, con el cual trata de mostrar la compleja configuración del tejido de relaciones que organizan una actividad empresarial. Sólo dentro de dicha trama se podría comprender el cambiante papel de las relaciones de consanguinidad y alianza —objeto favorito de la historiografía latinoamericanista. También se detiene sobre los mecanismos de mediación política que aseguraban la cohesión de los negocios. Intenta de esta manera proponer una conceptualización donde las relaciones interpersonales construyen las interdependencias propias a la estratificación social, que emerge como un orden no intencional. Esta vía conduce a Moutoukias hacia una crítica de lo que él llama el modelo de la familia patriarcal, el cual supondría una imagen de la sociedad compuesta de segmentos discretos jerárquicamente dispuestos. Lo cual, a su vez, implicaría dejar fuera del análisis los vínculos que, al atravesar los distintos grupos, articulan una concreta configuración social.

La familia y el parentesco aparecen, de manera mucho más central, en otros dos trabajos. Bertrand y Zúñiga proponen un balance crítico del papel desempeñado por los estudios de la familia, desarrollando así una reflexión sobre el contenido y la utilización de este concepto por los historiadores interesados en el funcionamiento de las sociedades iberoamericanas, tanto coloniales como republicanas. Ambos comienzan por identificar y subrayar una evolución del objeto de estudio, que se desplaza desde una problemática —muy fructífera en términos de producción historiográfica— centrada en la estructura familiar, hacia un reciente interés por aprehender la familia como un espacio de sociabilidad. Mientras que en la primera perspectiva aquella fue, durante años, uno de los temas privilegiados de la historiografía americanista —especialmente en los estudios dedicados a élites sociales— en el segundo de los enfoques la familia ha dejado de ser un tema en sí mismo, para convertirse en un lugar de observación privilegiado del funcionamiento social. Es evidente la inspiración de este segundo enfoque en propuestas provenientes de la antropología histórica y la llamada *microstoria*.

Dicho cambio de perspectiva desplazó la observación desde las llamadas estructuras sociales, sean o no familiares, hacia las relaciones recíprocamente entabladas por las personas, tanto dentro como fuera del espacio familiar. La reconstitución de estos sistemas

relacionales de los individuos se ha convertido entonces en uno de los principales objetos de estudio, partiendo de la hipótesis según la cual son precisamente esos vínculos los que permiten identificar la pertenencia a los distintos grupos sociales. De este enfoque surgió la atención prestada a los lazos —las líneas— que traducen la existencia de un contacto entre varios individuos —los puntos— y que, tomados en conjunto, configuran una red de sociabilidad. En consecuencia, la apuesta que esta perspectiva propone es la identificación de los intercambios que circulan dentro de la red así reconstruida. Si las relaciones, o sea los intercambios, que se realizan gracias a la existencia de lazos pueden aprovechar la existencia de una estructura familiar, ésta deja de constituir una necesidad funcional. En este sentido, si cada individuo puede utilizar la familia como una ‘red social’, la red social de los individuos que componen un grupo, desborda ampliamente el sistema familiar, sea cual fuere su extensión. Dicho de otro modo, y como lo analizan M. Bertrand y J.P. Zúñiga para el caso colonial hispanoamericano, si la familia constituía para los hombres de aquellas sociedades un capital relacional susceptible de ser movilizadado en todo momento en función de sus proyectos e intereses, el conjunto de sus relaciones sociales movilizables para alcanzar los objetivos deseados se extendía mucho más allá del solo entorno familiar, por más amplio que este fuese.

En fin, Langue parte de dos casos concretos (la aristocracia minera en Zacatecas, y la del cacao en Caracas), para presentar una comparación de prácticas sociales. Paralelamente sintetiza la evolución de la historiografía especializada y resalta los puntos claves y pistas de investigación que ésta ofrece. Recurre a las redes sociales como una metáfora para dar cuenta de las modalidades de difusión del modelo cultural aristocrático, de raigambre hispánica, en todos los estratos/estamentos de la sociedad indiana. Cuya flexibilidad, según la autora, permitirían aprehender las aparentes paradojas que encerrarían ciertas prácticas, como el ennoblecimiento de los empresarios.

No creemos conveniente cerrar esta presentación con una conclusión de circunstancia, o resumiendo puntos de vista y enfoques comunes a ponentes u organizadores. Sería alejarnos del espíritu del coloquio que nos reunió y de la publicación que ahora proponemos. Unos y otros dialogamos alrededor de un objeto y de una problemática, subrayando al mismo tiempo la diversidad de nuestras respectivas experiencias de investigación. En cuanto a los organizadores mismos, comentamos al principio cómo llegamos a un común interés por un enfoque basado en la reconstrucción de relaciones interpersonales. Mas los textos muestran asimismo distintas visiones de los lazos sociales. Hemos igualmente dicho y repetido que creemos necesaria una confrontación crítica de las perspectivas propuestas por todos los autores, de sus contribuciones, pero también de sus límites. Organizarla ha sido la difícil tarea de los comentaristas, cuyo concienzudo trabajo queremos agradecer. Continuar con las líneas de discusión que proponen, es una de las más estimulantes posibilidades que nos ofrece nuestra actividad.

Michel Bertrand
Zacarías Moutoukias
Jacques Poloni-Simard